

## **San Fermín, víctima singular de la pandemia**

**Un dato desolador: no se celebran en 2020 las ocho corridas del abono de Pamplona, acontecimiento sin parangón posible y uno de los tres jalones mayores del año taurino**

Pamplona, 6 jul. (COLPISA, Barquerito)

LA DEL 7 DE julio venía siendo la más peculiar de las ocho corridas del calendario fijo de San Fermín. Es la única que preside el alcalde de Pamplona –una alcaldesa entre 1999 y 2011-, que delega la presidencia de las otras siete en concejales de distinto signo político y se somete la tarde del día 7 a una especie de refrendo plebiscitario de fórmula taurina tradicional: al hacer su aparición en el palco, las opiniones, ruidosísimas, se dividen clamorosamente. No es sencillo calibrar el sentido del plebiscito, que, a plaza llena y sin figurar en el programa oficial de fiestas, no deja de ser uno de sus más singulares espectáculos. El más breve, ni siquiera un minuto, pero no el menos trascendental. Un supino ejemplo de la teatralización de la política. Con protagonismo de los coros.

El cohete del mediodía del día 6, vulgo, chupinazo, lanzado desde el balcón central del Ayuntamiento después del ritual litúrgico del “Pamploneses, pamplonesas, ¡viva San Fermín!, más su versión en euskera, y los subrayados de una masa inmensa pero no deforme que a pie de calle lleva esperando ese momento desde el día primero de enero; los sonos de la melodiosa Biribilqueta de Gainza en el zaguán del ayuntamiento en versión sinfónica de una banda tan afinada como La Pamplonesa con el aditamento del grupo municipal de txistularis; la inmediata irrupción en la plaza Consistorial de la banda uniformada de gaiteros que rompe el fuego con los inimitables agudos del “¡Ánimo, pues!” y da paso al popurrí de músicas festivas del repertorio popular del maestro Turrillas, y a los primeros desfiles por las calles del casco viejo, y al descorche del cava en cascada, que aquí es incontenible alegría tumultuosa. El pañuelo rojo, anudado justo entonces al cuello, es la única pieza imprescindible del atuendo sanferminero y la que más cabalmente representa la idea del no ser nadie más que nadie durante una memorable tregua de ocho días y medio. Todos esos son los jalones que señalan el comienzo de las fiestas.

Pero los toros arrancan el día siguiente y a distintas horas: el primero de los ocho encierros de las ocho de la mañana, el primero de los ocho ceremoniosos apartados de la una, el paseo de las mulillas desde el Consistorio a la plaza de toros y el desfile casi de gala de las peñas de mozos poco después de las cinco y, en fin, a las seis y media de la tarde se levanta el telón: primer acto, el plebiscito. Y, luego, la corrida, que suele ser telonera –sin nombres de relumbrón, una ganadería siempre notable pero no de las más célebres- y por norma resulta como espectáculo la más intensa de las ocho del programa porque es la que festeja el reencuentro de un cónclave de casi veinte mil almas en las gradas de un edificio magnífico, una plaza de toros monumental, que, pieza pionera de las construcciones de hormigón armado en España, es la más fiel versión ucrónica de los circos, teatros y coliseos romanos.

La suspensión de los sanfermines fue anunciada en marzo por el Ayuntamiento solo una semana después de la primera declaración del estado de alarma en el territorio nacional y cuando se confirmaron los datos de la pandemia de la covid-19. Se anunciaron casi simultáneamente las suspensiones de las ferias taurinas de Valencia, Castellón y Sevilla, y, a renglón seguido, Madrid. La Casa de Misericordia de Pamplona, propietaria de la plaza de toros y gestora del armazón taurino de San Fermín, hizo a finales de marzo anuncio oficial de la suspensión. Las ocho corridas de abono estaban apalabradas desde el pasado otoño. Repetían siete de los ocho hierros de los carteles de 2019 y solo iba a ser novedad, tras una temporada de ausencia, el de Fuente Ymbro.

Es probable que la de Fuente Ymbro estuviera pensada para la tarde de la apertura. Una ganadería que garantiza movilidad y seriedad, trapío y agresividad. La Casa de Misericordia no había llegado a formalizar contactos con el escalafón de matadores de toros. Se daba por descontada la presencia de Antonio Ferrera, El Juli, Diego Urdiales, Sebastián Castella, Miguel Ángel Perera, Cayetano y Pablo Aguado. Y, junto a ellos, dos nombres punto y aparte: Roca Rey, proclamado ídolo de Pamplona desde su estreno en los sanfermines de 2016, y Rafaelillo, herido de mucha gravedad en la corrida de Miura del pasado año.

Roca Rey, resentido de una seria lesión en el hombro sufrida en Madrid en mayo de 2019, no pudo cumplir el segundo de sus dos compromisos de los últimos sanfermines. Y se supone que esta vez, tras un año de convalecencias, sí iba a ser. En una fecha como esta del 7 de julio, hace solo un año, toreó bien de verdad uno de los toreros más singulares y puros del gremio: Emilio de Justo, que con seguridad habría sido de la partida este año. El llamado año de los no sanfermines precisamente.

# BARQUERITO: "La suspensión de las fiestas de Pamplona"

Sábado, 11 de Julio de 2020 00:00 -

---